

"¡COMO ME BURLE DEL BURO DE INVESTIGACIONES!"

"VENTURA, CARRATALA, CALZADILLA Y LAURENT TORTURARON Y CASTRARON PERSONALMENTE A "EL CURITA"

Primera detención. El suplicio interminable. De madrugada en la Plaza de la República. El palillo de dientes entre las uñas y el cigarro encendido sobre las manos. El "Príncipe".— "Hiroito" y Bencomo.

Por el Capitán Julio Dámaso Vázquez

(Del Buró Revolucionario de Investigaciones)

TAL COMO SE LO CONTO A GUILLERMO VILLARRONDA.

Fotos de BARCALA

Mi historia es la de millares de jóvenes que lucharon contra la tiranía de Batista. Muchos compañeros de mi generación pudieran relatar acontecimientos sin duda importantes en la lucha revolucionaria que al fin expulsó de nuestra isla a un régimen que preferentemente exterminó gran parte de nuestra juventud. Sin embargo, centenares de muchachos que lo dieron todo por la revolución, no tienen tiempo para dar a co-

nocer los increíbles hechos en los cuales fueron primeros actores.

Quiero hablar, pues, por cuantos pusieron la vida en peligro para dar sentido a la resistencia que en la capital ofreció el mejor de sus esfuerzos.

Primera detención

Fui detenido por primera vez el 19 de abril de 1957. Mi arresto se había ordenado porque se



"Luego agarró mis manos y con un tabaco encendido me las quemó".



"Bencomo tomó un palillo de dientes y lo hundi6 en mis uñas".

me acusaba de haber participado en el asalto al Palacio Presidencial y por la causa 217 como resultado de la ocupación de armas en Quinta y "A". Se me perseguía, además, por la causa 590, de 1956, por terrorismo y sabotaje.

Había tomado mis precauciones para evadir la acción de mis perseguidores, pero me sorprendieron en Washington número 32, en el reparto Santa Amalia.

Varios hombres, cuya ferocidad era ostensible, me llevaron al Buró de Investigaciones. Allí comenzaron a interrogarme. Uno de ellos puso en mis manos un papel y un lápiz con el propósito de que hiciera por escrito mis declaraciones. Me negué. Sabía lo que me esperaba. Pero estaba convencido de que ni la misma muerte podría arrancarme palabra. Es de suponer que mi vinculación con el centro de la resistencia en La Habana era de suma importancia y que cualquiera confesión mía hubiera sido funesta para el grupo de revolucionarios enfrascados en la ingente empresa de derrocar al tirano.

Al negarme a hacer declaracio-

nes y, sobre todo, a suscribirlas, comenzó para mí un suplicio indescriptible.

Azotes con un vergajo

Uno de aquellos hombres tomó un vergajo y empezó a azotarme despiadadamente. El contundente instrumento de tortura cayó sobre mi rostro, sobre la espalda, sobre el vientre. No quedó lugar de mi cuerpo que no recibiera la marca del terrible artefacto.

Eran tres hombres los que me azotaban: uno a quien llamaban "Hiroito", el teniente Calzadilla y un tal Bencomo.

Aquel tormento continuó durante varias horas.

La imaginación se me nublaba. Parecía que la sangre se me helaba en las venas. Mis huesos estaban a punto de quebrarse. Ya no podía pensar. Me resultaba imposible hasta coordinar las ideas.

Cerca de las cuatro de la mañana cesó el tormento y en una máquina me trasladaron a la Plaza de la República. Allí me extraje-

(Continúa en la Pág. 114)